

Las cartas secretas
de Georges de Broca

Las cartas secretas de Georges de Broca/ Augusto Munaro
-1ª ed. Buenos Aires, 2019-

ISBN 978-987-4914-07-1

© Augusto Munaro
© Huesos de jibia
La falena (otras narrativas)

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com
www.facebook.com/editorial.hdj
www.instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo

© Fotografía: “Autofoto”, por Triana Leborans

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

AUGUSTO MUNARO
Las cartas secretas de Georges de Broca

PRÓLOGO

Las cartas secretas de Georges de Broca están pensadas, escritas como parodia, reinventan el modo artificioso de cierto tipo de literatura del siglo XVIII.

Historia de aventuras en la que el tiempo y su invención, su expansión creativa, atraviesa los años, las décadas, llegando hasta nosotros, asombrados lectores.

El tiempo fluye, y por momentos, la entrega –sin obstáculos– del tiempo a su fluir, nos hace pensar que detrás del movimiento perpetuo hay algo, central, que no se mueve.

La curiosidad del personaje es insaciable. Todo lo ve, en todo se siente involucrado, como si no hubiera dudas: el mundo es *el* lugar para él, no hay otro cielo que habitar.

De Broca nunca descansa.

Cada suceso se transforma en experiencia, desde una travesía en camello por el desierto, al sur de Túnez, hasta una clase de anatomía. Porque De Broca tiene una enorme sed de conocimientos. Sin estar insatisfecho, parecería que la curiosidad fuera parte de su naturaleza. Un movimiento reflejo, como el latir del corazón.

Este personaje del que poseemos solo el nombre, es receptor activo de sus visiones, que lo convocan, de las presencias estimulantes de los otros, de las diversas y cambiantes geografías que lo envuelven y lo incorporan.

El personaje vive muchos, muchísimos años.

Las cartas tienen un ritmo ligero, como si la escritura tampoco quisiera detenerse nunca. Las fechas, los intereses de De Broca, los países, los personajes de los que se rodea y con los cuales intensifica la sensación, siempre, de estar vivo: sacudones, descubrimientos increíbles, delicias, perversiones extrañas, terrores.

El autor se divierte escribiendo, eso se siente: la entrega.

Munaro no le tiene miedo al desorden, al caos de las horas, a la cronología que se niega a sí misma.

Augusto Munaro juega con el arte del *origami* en el que desde la plana materialidad del papel se van construyendo las diversas formas del mundo. Formas que, esta vez con palabras, modelan las flores, las plantas, los animales, los distintos continentes, la tierra y sus enfermedades: cataclismos, terremotos, insospechadas y retorcidas cavernas. Hombres,

mujeres, engendros como salidos de úteros infernales. Vida urbana, o simplemente encierro entre las paredes de un laboratorio, de una sala de experimentación.

Angustiantes transformaciones en las que un sombrero deviene jaula, y las lágrimas del duelo, lluvia. Herramientas de nuestra cotidianidad se metamorfosean y devienen monstruos.

Animales mitológicos, figuras interminables desfilan ante nuestros ojos saturados de imágenes.

Un noble de altísima estirpe, un violador de niños, el cuerpo verde de una planta de ojos inquisitivos que nos observan desde la superficie vegetal: pupilas domesticadas de rara mirada: el rostro siniestro y el hambre de carne humana.

Sucesos inesperados –en esta *nouvelle* nunca nos chocamos con la quietud, el desamparo, la desorientación–; De Broca se mueve con la certeza del que conoce hacia dónde va, aunque ese lugar permanezca inaccesible.

Poco le importa al narrador si el lector lo sigue o si –apabullado por el movimiento perpetuo, por los diversos ámbitos que lo llaman– se queda a la vera del camino para respirar, intentar dejar marca en el cuerpo lector. De Broca no espera a nadie. Escribe, arrasa con su prolífera invención, y poco le importa a quiénes va dejando en el camino.

Nomadismo que des-centra.

Cartas que dicen la voz del solitario, esa que no espera respuesta.

Munaro no nos muestra el intercambio epistolar que sin duda existe entre De Broca y sus interlocutores.

Nos deja el decir del otro librado a nuestra imaginación.

Hay en *Las cartas* una profusión de hechos, un océano en movimiento, un mundo que se reproduce como en uno de esos aparatos que De Broca fabrica con espejos.

Una máquina automática, *la máquina del mundo...*

Sobrevivientes de guerra que se odian, en un castillo solitario...

Los diferentes lugares que ocupa el personaje, los paisajes que van variando de carta en carta, tienen una presencia como por fuera del orden establecido, del mundo como territorio común, geografía compartida.

La realidad, para De Broca, parecería ser eso que ya anuncia el título, una realidad *secreta*.

Hay clandestinidad en el mundo de De Broca.

Mundo que aparece, siempre, en los márgenes.

El circo de mutilados, espacio alucinante que se encierra, con otros, en la novela. Como cajas chinas. Porque si bien cada carta abre un mundo, también lo clausura.

Los mundos de De Broca no tienen continuidad.

El narrador siempre está comenzado de nuevo, en cada carta que leemos sin que él lo sepa.

En *Cartas* el argumento se instala con un protagonismo exclusivo, como en una novela de aventuras, pero a diferencia de esta, se *auto-invalida*. El argumento, en *Las cartas* adquiere una velocidad que lo consume.

En *Cartas*, lo que importa es la escena que se levanta con fuerza y cae, al terminar el capítulo.

La construcción de mundos dentro de mundos que se extinguen.

El narrador nos habla del tiempo. De un modo de vivir y construir el tiempo. Hay como un derroche, un uso aristocrático de la vida. No es un universo ordenado, ni limitado, en el que el reloj o la palabra tengan autoridad para establecer un detenerse, un corte.

A De Broca parece como que la vida le queda chica para todo lo que desea.

Detrás de ese movimiento sin fin, en el centro mismo del despliegue, está el tiempo, que al expandirse se retira, evanescente.

Y de cara al tiempo, lo insensible, lo atemporal, lo rígido. Eso que está afuera de la palabra.

Vacío encarnado en ese otro protagonista, la autómatas F, de la que sabemos que, como al ilustrado Jaquet Droz con sus autómatas, le llevará a De Broca toda una vida construir.

La autómatas es lo contrario de lo vivo, ella no está a merced del tiempo, pero sí de la Historia, de la que acabará siendo un juguete.

Ella, la autómatas, es parte de un pasado que se materializa y se fija en la acción de inventar.

F, como todo suceso o personaje en *Las cartas*, cae, con su cuerpo mecánico y su lujosa sincronicidad. Irá a hundirse, junto a la desmesura, en esa otra dimensión que se presiente quieta y profunda, por detrás del tiempo enloquecido de la novela.

Sofía González Bonorino

Mayo 3, 1947

M. Dufour:

Fiel a mi compromiso cumplo con el deber y el agrado de escribirle. Como sabrá llevo décadas coleccionando antigüedades, más específicamente estatuas místicas y de símbolos, es decir, idolillos, que conservan un alto valor estético por lo rebuscado de su fabricación. Generalmente, los expertos pierden la cabeza por las primeras estatuillas humanistas, cuanto más atrás en el tiempo, piensan, mejor. Tenemos el caso de la Venus de Willendorf, por ejemplo. Esa celeberrima figura de mujer gorda tallada en piedra data, por lo menos, de la era de hielo. No obstante, las que más me interesan provienen de una tribu mongol, que tienen tan solo seis siglos de antigüedad. En ese periodo histórico se alcanzó una sofisticación en la técnica artística sin precedentes. Las distintas figuras, invariablemente, corresponden a nuevemesinas y siguen el mismo patrón básico: mujeres altas con el cabello largo, la cadera ancha y los ojos saltones (enormes como una moneda de cinco francos que casi les ocupa toda la cara). Por su parte, el pulido de los vientres puntiagudos, de un realismo perturbador, resaltan una obsesión por la fertilidad. Lo admirable de estos pequeños ídolos (ninguno supera los 20 cm de altura) es que fueron tallados exclusivamente por eunucos. Se trataba de una sociedad matriarcal donde los hombres eran esclavizados y castrados en su infancia o en los primeros años de la adolescencia. Naturalmente, y como era de suponer, esa tribu desapareció de modo casi inmediato, pues no dejó descendencia alguna al no poder engendrar –qué paradoja–. Solo se ha conservado de ellos la idealización hecha piedra de lo que vivieron anhelando, pero jamás alcanzaron.

Su afectísimo,

De Broca

P.S.: No venga tarde, pues al otro día hay trabajo, etc.

Marzo 4, 1928

Estimada Mme. Pauline Givray:

Me pregunta Ud. sobre hechos de la guerra vinculados a su difunto hermano, más específicamente, su muerte y los datos precisos acerca del sitio donde fueron sepultados sus restos. Tarea que intentaré complacer a pesar de los años transcurridos.

Pero antes creo necesario recordarle que su hermano fue un soldado notable, valiente, voluntarioso y dispuesto a arriesgar su vida por los otros. Le aseguro que los recuerdos de su intachable conducta permanecerán incorruptos en la memoria de los sobrevivientes: Alain, Jules, y, muy en especial, André (quien recientemente falleció como consecuencia de un accidente de tránsito).

A Jean-Louis lo conocí en un campamento de instrucción, de modo tal que cuando murió, imagínese, fue un golpe inesperado. Él se fue, como tantos otros, en el río Somme. En ese infausto valle, que entonces ya era una tumba gigante y uniforme de barro. La noche anterior, aún lo recuerdo, mientras discutíamos los modos posibles de detener el avance alemán, su hermano estaba ciego de confianza antes de la batalla y, como era su feliz costumbre, bebía animadamente un vaso de aguardiente, por encima suyo los destellos glaucos de la artillería enemiga iluminaban aquel paisaje dantesco. Una potente imagen esculpida por la circunstancia que jamás olvidaré.

Nuestro ejército estaba al sur del río con la orden de resistir los contraataques. La tierra retumbaba por el estallido de las bombas. Como de costumbre –tal vez para disimular cierto nerviosismo– Jean-Louis recitaba de memoria versos de Laforgue, a quien había visto una tarde siendo un niño.

La mañana de su muerte (para fechas soy insensible, tal vez hacia el otoño del 16) Jean-Louis se hallaba de buenos ánimos. El sargento le notificó que recibiría una medalla por diseñar un mecanismo que permitía disparar fusiles y lanzar granadas sin levantar la cabeza por encima de la línea de fuego. De hecho, uno podía gatillar cómodamente recostado, inclusive, mientras conversaba sobre Clemenceau, nuestra Tercera República o jugaba distendidamente a los naipes. No había necesidad de pararse o asomar la cabeza en la peligrosa mira de algún francotirador prusiano. En fin, hacia el alba, mientras nuestras tropas desfilaban en formación cerrada, Jean-Louis sufrió un tiro directo de

mortero que lo voló en pedazos. Aparentemente absorto en algún pensamiento, tal vez cierto nuevo invento suyo al que llamaba “hada madrina”, no escuchó el silbido del obús, manteniéndose de pie en el momento que todos alrededor nos arrojamos al piso. Sus restos o lo poco que quedaron de ellos, disculpe que sea tan explícito, fueron sepultados bajo un ciprés a la vera de un paredón de piedra (el único árbol disponible en un radio de varios kilómetros).

Hasta no hace mucho tiempo guardaba la anotación de las coordenadas en un libro de Petrus Borel. Las mudanzas sirven para extraviar las cosas. Si logro recobrar el ejemplar en octavo de *Madame Putifar*, será Ud. la primera en conocer la latitud y longitud exactas donde descansa nuestro Jean-Louis. Antes de concluir esta misiva, unas exiguas palabras en torno a la ceremonia fúnebre.

El sentido homenaje fue más o menos así: siguiendo el espíritu libre y sensible de Jean-Louis, aguardamos hasta la medianoche para trasladar sus restos dentro de una caja cuadrangular de color blanco con nuestras máscaras antigás colocadas. Lejos de la línea de fuego, avanzamos en fila india y en silencio hasta llegar al ciprés donde cavamos una fosa con unas cruces hechas de madera. Entonces, Alain silbó lo mejor que pudo la *Marcha fúnebre*, de Chopin, mientras quien le escribe, improvisando una cítara con los restos de un tanque destrozado, buscaba enriquecer musicalmente el protocolo del momento. El pequeño receptáculo, una caja de hierro maciza, era un objeto de arte en sí mismo. Los motivos grabados en relieve sobre la parte superior representaban a tres centauros rodeados de volutas y adornos, asimismo, en cada uno de los laterales había cuatro incrustaciones de otro color, probablemente cobre. En su interior –cuidadosamente forrado en terciopelo, junto a los despojos del soldado sellados en una bolsa hermética– depositamos sus más preciados objetos: una libreta con notas de una complejidad irreducible en torno a ciertos dispositivos mecánicos, algunas herramientas de escritura (plumas de ganso), lacre para sellar, cintas, papel de cartas, sobres y su inseparable pipa de madera de ébano y plata. Pero eso no es todo Mme., precisamente en el centro yacía un pájaro autómatas, de modo tal que cuando se abriera la urna, es decir, se levantara la pesada tapa, el ave salía, piaba el nombre del difunto y batía sus alas durante medio minuto. Dicho simpático bípedo llevaba plumas auténticas de un intenso color verde, estaba animado por unos ojos amarillos y un pico de hueso, muy realista, que lo llenaban de vida. Si mi memoria no se equivoca, en la parte trasera tenía una pequeña tapa circular que se abría mediante una bisagra que se utilizaba para almacenar hasta

ocho cilindros giratorios, correspondientes a las distintas piezas que el pajarillo con su suave tintineo podía modular. Envolvimos la preciosa urna musical en una manta de hule y recitamos unos sermones. Con todo, créame, fue un entierro con pompa, digno de un héroe de guerra como en verdad lo fue Jean-Louis Givray.

Apreciada amiga, espero haber sido de utilidad. Ante la menor duda, por favor, no vacile en escribirme. Aún me encontrará hasta fin de año en el bulevar Saint-Germain, misma dirección.

Su afectísimo,

Georges de Broca

Mi buen amigo Yves Gardiner:

Me ha escrito reiteradas veces consultándome sobre mis “impresiones” en torno a su “aventura poética”. Pues bien, muy a desgracia mía he leído su curioso injerto poético. Anacrónico hasta el bostezo, feísta hasta la impenetrabilidad, tan tedioso –vale agregar– como releer la *Naturalis historia*, de Plinio el Viejo, (y le aseguro que mi latín no es malo). Usted despierta la desconfianza del progresismo ilustrado. Arrogante, grotesco y, por momentos, insólito. ¿Cómo pudo dar a la imprenta algo así? Mi querido, existen modos menos estrambóticos y más elocuentes, si se me permite, de suicidarse. ¿Por qué no se casa?

He dudado en escribirle antes, Yves, porque –estoy seguro– cuando reciba la presente carta, tal vez se sienta algo decepcionado. Pero todo sea por la Verdad. En la vida no hay que engañarse, sobre todo cuando se es joven e inexperto como Ud. Por lo tanto, ¡brindemos por los desengaños!

Atardecer de la urraca, ¡qué título!, es un libro, ¿cómo decirlo? Absolutamente prescindible. Lo que en sus 808 páginas intenta expresar fracasa, ya que Ud. vive subestimando al lector. Sea por el uso de metáforas atrofiadas y efectistas, sea por sus excesivas explicaciones innecesarias (¡las notas al pie superan las 1200!, mi buen poeta). En suma, cada verso no llega –¡ni por lejos!– a producir el efecto buscado, más bien todo lo contrario, es deprimente. Eso si excluimos el mar de erratas que el libro adolece: ¿“Kuidar” con k? ¿“sanaoria” sin z y sin h? ¿“aser”, sin h y con s? He apuntado más de medio millar solo en el primer centenar de páginas. Nada de este mamotreto vale ni por estilo, forma o lenguaje. Vale añadir que las imágenes y los pensamientos allí vertidos ofenden y son ultrajantes, anticuados, estúpidos y extravagantes. ¿Se imagina lo que podría sucederle a su carrera cuando los críticos lean esto? Pero no se desanime, no todo está perdido. Le propongo una alternativa. Venga a mi casa el próximo viernes, es el único día que tengo libre. Asegúrese de traer secuestrada la edición de *Atardecer de la urraca*, es decir –si me dejo guiar por los datos del fatídico colofón–, de los 225 ejemplares de este engendro abominable para destruirlos uno por uno (es preciso asegurarnos de que no haya sobrevivientes). Sobre la metodología de destrucción de su *opera prima*, hay varias opciones, siendo el fuego un elemento purificador por excelencia.

Pero insisto, no se precipite. Será un sano acto de recreación. ¿Jugó alguna vez al *Battleship*? Esto es algo similar. Imagínese dos sillas, donde usted y yo estaremos sentados, enfrentándonos. En el medio, a modo de telón que nos separa, un panel cuadrado –de perfil es angosto, de unos diez centímetros cuanto mucho y dos placas de vidrio ajustadas por receptáculo, uno de cada lado– ubicado de modo vertical con 225 cuadrados (15 x 15); la tirada de ejemplares que posee su libro. Cada cuadrado contendrá un poemario humedecido en combustible inflamable, preferentemente bencina. El desarrollo del juego será simple, se entregará una vara encendida en uno de sus extremos y comenzaremos a prender una por una, respetando los turnos, las mechas de cada cuadrado, mientras se conversa alegremente sobre temas variados, como la mística tibetana, la piratería en el estrecho de Magallanes durante el siglo XVIII y la falsificación de velas de cera en Nápoles durante la primera quincena de 1901. (Los temas a discutir serán seleccionados y enunciados por un aparato cuyo sistema aleatorio cuenta con una base de datos –tarjetas perforadas– que supera los 15.000 tópicos. Imposible aburrirse). El final del juego se alcanza cuando los 225 cuadrados han ardido, sin importar el orden ni el dibujo que las llamas terminan formando sobre el panel de hierro, sea en su mayoría horizontal o vertical. En otras palabras, la partida jamás contempla perdedores, así, nuestra ya enclenque Tercera República ganará con la supresión del libro que Ud., ay, se condenó al firmar.

Lo espero, entonces, este viernes a las 17 h. El acto de justicia poética no se suspenderá por lluvias, en tal caso, podríamos hacerlo en el zaguán. Sea puntual, por favor.

Créame sinceramente su servidor,

Georges de Broca

Abril 7, 1909

Marion:

Las horas en el sanatorio transcurren con fastidiosa lentitud. Las fiebres han desaparecido. Razón para librarme del íncubo morbos del dolor, imagino. Aquí hay tiempo de sobra como para adentrarse en algunos recuerdos, permanecer en ellos y hasta dislocar cierto recoveco de la memoria con el fin de satisfacer algunos caprichos. Una conversación de la niñez, cierta caminata en compañía de amigos, aniversarios familiares. Voy atravesando ayeres y, cuando alcanzo esas fechas pretéritas, los deformato con una larga e intencionada pausa. Permanezco en ese pliegue imperceptible de lo que cierto día fue. La operación se prolonga durante lapsos cíclicos de tiempo cada vez mayores.

Tener la capacidad de sustraerme de las circunstancias inmediatas para regresar a una sensación ya vivida permite aclarar ciertas dudas en torno a la alarmante superficialidad de la realidad. Nada parece ser lo que suponemos como elemental. El tiempo desmiente todo, cada instante contradice al anterior. Lo único inobjetable es la ilusión fantasmagórica de lo que este juego llamado tiempo hace con nuestras mentes.

Esto viene a colación porque ayer por la tarde, a la hora de la siesta, abrí al azar un volumen de Voltaire. De una de sus páginas, la primera que leí, más por tedio que por interés, cayó una hoja de roble disecada que mi abuelo –ya muerto hace décadas– había utilizado como señalador. ¿Qué circunstancia lo llevaría a interrumpir aquella hedónica lectura? ¿Dónde fueron a parar todos y cada uno de los minutos del reinado de Napoleón II (tiempo en que nuestro abuelo y tantos otros vivieron y soñaron alguna vez)? La incolora y fosilizada hoja parecía enseñarme una lección, una verdad fastidiosa que casi preferiría silenciar. ¿Si el pasado ha sido para jamás regresar, por qué continúa mortificando el presente? Es lícito indicar que, mientras te escribo, prima, no logro despegar mis ojos de esta reliquia familiar, que aún conserva algo de su olor. El hechizo no ha sido del todo roto. Cuando respiro su vetusto aroma, puedo vivir escasos segundos bajo la potestad del *Rey de Roma*.

Bueno, te abandono. Estaré de regreso para fin de mes. Dile a Claude que el mal entendido ha sido culpa suya. Como empirista

radical, al estilo de W. James, no creo en ninguna clase ni necesidad de fundamentos.

Georges

Dr. Trintignant:

Durante la tercera tarde transcurrida en Alcalá de Henares conocí a un sacerdote de la Compañía de Jesús. Estudió en el colegio de la Compañía de Veruela, en Zaragoza y se doctoró en Filosofía en el Colegio Máximo de San Ignacio, en Barcelona. Es por consiguiente un experto en materia teológica cristiana. Este joven, afable y de una treintena de años, tuvo la gentileza de invitarme a recorrer la Ciudad del Saber (así llaman a esta localidad) en los últimos días de mi estadía. Caminé más que en mis años de guerra cavando trincheras en Somme y Verdún. Pero lo admito, pocas cosas resultan más gratificantes que inspeccionar una polis desconocida ¿Hacia dónde dirigimos nuestros pasos? No consultamos ni planos ni guías, vagamos, sí, por la simple aventura y el placer de un viajero.

Atravesamos la ciudad de manera completa por estrechos pasillos tortuosos, encalados y de baja techumbre, también, por palacios vetustos, frescas callejuelas, jardines grandes y luminosos, y catedrales, cuyas puertas góticas resguardaban a mendigos y viejas dobladas que cantaban. Dado que nos levantábamos con el sol fue corriente encontrarnos con los matinales y vendedores ambulantes de la ciudad, que lanzaban gritos al aire, tales como “¡Carbón!”, “¡el panadero!”, “¡leche fresca!”. El aire que respiramos, mi buen laicista Dr. Trintignant, es más fino, más puro, más diáfano, más vivificador, en suma, más tónico. Hubo tiempo también para recorrer viejas ferias en compañía de ruidosos estudiantes. Me honra haber recogido absorbido esta síntesis profunda de ruidos, de claridades y de sombras. Siento que la atmósfera de bienestar y novedad ha hecho prodigios en mi espíritu.

A la hora de la siesta, sagrada por aquí, apenas cruzamos a alguien en las calles, dejan las ventanas abiertas de par en par para recibir la calidez de la tarde. Bordeamos las mordisqueadas murallas, cuando surgieron las fondas y las incontables plazas, donde en una, por ejemplo, sobre un pedestal de granito un busto de bronce de Mariano José de Larra se destacaba por su inconfundible cara rolliza. ¿Sabe Ud. que se quitó la vida por un amor no correspondido? Ismael, así se llamaba el filósofo y sacerdote amigo, me revelaba esto con cierto aire profano. Calles y calles y más calles recorrimos, conversando sobre los más variados temas. Calles estrechas, torcidas, embaldosadas, llenas de tiendas y bazares